CRIOLLOS,
INDIOS
Y MESTIZOS.

Cosa muy curiosa es que todos los que claman por el establecimiento del orden en México, tomen en consideración, no un orden que beneficie al pueblo mexicano, sino un orden perpetuador del antiguo régimen, en provecho de los aristócratas, de los intereses creados, de los hombres que integran la oligarquía tradicional, responsables de las pasadas y presentes condiciones de desorden allí. Nadie pide paz y orden en México para ayudar a las masas a obtener su ración de derechos y tierras; se quiere orden para que los grandes terratenientes los señores feudales, los hidalgos y los nativos, y extranjeros que han explotado egoistamente ese rico país, puedan continuar abusando a despecho de las protestas del pueblo cuya sangre y riquezas son sus despojos.

WOODROW WILSON.

Profesión de Fe.

Creo en la LIBERTAD porque el más fuerte de los instintos del hombre es el instinto de la dominación, más fuerte aún que el de la conservación de su vida y la dominación engendra el abuso. Creo en la AUTORIDAD porque la autoridad es la reguladora de los actos humanos e impide la brutal dominación de las masas, organizando su función. Creo en la CARIDAD porque ella es la condición primera de nuestra vida social, sin la cual la AUTORIDAD y la LIBERTAD no serían más que iniquidad y desenfreno. CREO EN LA LIBERTAD COMO MEDIO, EN LA AUTORIDAD COMO MEDIO, EN LA CARIDAD COMO FIN.

"Tened piedad de los Indios!" La imploración de "Cráter", he ahí el verdadero remedio. A fuerza de decirla, de repetirla a nuestros criollos. acabaremos por devolver la sensibilidad a esa cuerda hoy anestesiada de su corazón. Por qué no había de obtenerse siquiera, de nuestros Indios, lo que de Brazza, Livingstone y sobre todo ese extraordinario Emin Pachá, obtuvieron de los africanos? Las lecturas de todos los exploradores extranjeros (mexicanos, no los hay) Humboldt, Ferry, Lejeune, Lumoltz, Diguet, los ilustrará mejor que el estrecho campo de observación que tienen en su ciudad o en su hacienda. (1) El extrangero juzga con más acierto

(1) Citaré a uno sólo, miembro de la Sociedad de Geografía de París y explorador muy distinguido:

"Por su régimen anticuado, presa de la omnipotencia feudal que explota al campesino, México no atrae la ímigración europea tan deseable empero para el mejoramiento de la raza indígena y la formación de una clase de mestizos perfectamente adaptada al clima y dispuesta a entrar en la órbita de nuestra civilización. El colono aislado no puede tener éxito porque carece de experiencia, de consejos y de protección".

"Hay que ver las revoluciones como espasmos provocados por condiciones sociales anormales que reclaman reformas de fondo. El aumento de la población (de 50 a 200.000 almas por año) demuestra claramente que el país no quiere morir y que tiene en reserva inagotables recursos de hombres. La divisa "México para los Mexicanos" no es quimérica. *Que se den a los Indios las mismas facilidades que tan libremente se ofrecen a los europeos y podrá entonces juzgarse de las aptitudes naturales del indígena como colono!*"

"El problema del trabajo se complica en México con el de razas. Es ya tiempo de que se conozcan las cualidades del indígena: su amor a la tierra y el carácter práctico de sus procedimientos de cultivo, basados en una serie de operaciones cotidianas. Los Zapotecas conocen la manera de suprimir la fecundación espontánea por la distribución de las flores alternantes; saben determinar, echando las semillas del maíz sobre el suelo, los granos más pesados." (Dix mille kilómetros a travers le Mexique,—Vitold de Szilszlo. Plon, editor, París 1913.)

porque no está cegado por los prejuicios y *porque compara*. Desde que vienen al mundo, nuestros criollos miran al Indio desnudo, hambriento, caído. Mientras no vean otra cosa ¿porqué han de encontrar injusto lo que les parece tan perfectamente natural como tan perfectamente establecido? Pero salimos del país, conocemos otros peones de otros países, trabajando menos y viviendo mejor.... Cuando regresamos, el contraste es más fuerte aún. En aquel país que nos figurabamos rico, próspero, féliz, en aquel país amado donde la lucha por la vida apenas si existe para nosotros, donde todo lo da el suelo y el subsuelo, donde la facilidad, la cordialidad de las relaciones ahuyentan el interés mezquino, en este admirable país tan favorecido por la naturaleza en todos conceptos, sólo encontramos miseria, desnudez, hambre, millones de hombres con una expresión enormomente triste en el semblante....

Por qué es esto? Existe pues tanta maldad en nuestros criollos? No. Ni siquiera hay aversión por esos infelices. Es la costumbre, la maldita costumbre, la desidia, el "qué sé yo" que deja a los pueblos estancarse mientras otros mejoran todos los días sus condiciones. Es el *malentendido*: "El indio es vicioso, perezoso, ingrato." La injusta leyenda está petrificada en las conciencias. Todos los días ven casos que la desmienten y siempre dicen: "excepciones." Aún como excepción, no es ya eso admirable tras de cuatro siglos de esclavitud? Y vaya Ud. a destruir esa psicología simplista—"vicioso, perezoso, ingrato...." Y ¿quién les ha enseñado otra cosa?

Quienes son los que conocen al Indio: los que lo encuentran siempre lleno de vicios sin obtener nada de él, o los que han sabido inspirarle confianza, respeto, los que lo han llevado a realizar actos de energía y resistencia? Ignorais por ejemplo que cien mil voluntarios llevan hoy, por los campos del Norte, su arma al hombro y obedecen ciegamente a sus jefes? Quién puede mejor apreciar el gusto de un racimo de uvas, el que no pudiendo alcanzarlo lo encuentra demasiado verde o el que se ha deleitado con su sabor? Preguntad a sus jefes hasta donde llega la obediencia de los indios, su abnegación, su continencia.... Porqué no pensais un momento que los ingratos, quizá, somos nosotros? ¿Porqué no pensais un momento que quizá de ese indio apático y sombrío podeis hacer un subordinado fiel y atento, un colaborador inteligente y activo?

Cualquier ranchero entendido admite que si se quiere obtener un buen rendimiento de su caballo o de su buey, es preciso educarlo con paciencia, rodearlo de cuidados, evitar de exigirle un trabajo excesivo o prematuro; pero es tal fuerza de la costumbre, que ese mismo ranchero no opinará del mismo modo cuando se trate de sus peones. El caso sin embargo es el mismo.

En tiempo de las incesantes revoluciones argentinas, bajo la tiranía de Rosas, el Sur de la provincia de Buenos Aires se encontraba desierto. La tierra no tenía más valor que el aire. Alrededor de las estancias abandonadas, los perros se habían vuelto salvajes y, lo mismo que las vacas, erraban en grandes manadas al través de los incultos campos. Un distinguido narrador viajero, Julio Huret, cuenta la odisea de un vasco francés que habiendo desembarcado sin un céntimo, convirtiose, en pocos años, en uno de los más poderosos magnates de la República. Como el joven vasco observara que el ganado, aterrorizado por el lazo y las crueles torturas de los herraderos, huía del hombre y se esparcía por las llanuras, reflexionó en el valor de toda aquella carne y aquella grasa perdidas, pues una vez arrancada la piel de las bestias sacrificadas, abandonábase su cadaver a la voracidad de los coyotes. Inspirado por una idea de lucro, dirigiose a cualquier gran estanciero y le propuso comprarle todas sus reses a razón de diez pesos por cabeza.

Debe advertirse que además del lazo, único sistema de captura conocido en las haciendas mexicanas, los gauchos emplean también el sistema de las bolas. Con se-

mejantes procedimientos, habríase necesitado un numeroso personal y mucho tiempo para apresar algunos miles de vacas y traerlas en lamentable estado; pero el improvisado ganadero comenzó por prohibir a los gauchos la entrada al campo. Durante tres meses, dos hombres salían diariamente al paso de su caballo, y excursionaban tranquilamente por los pastos. Los animales, inaproximables anteriormente, fueron acostumbrándose poco a poco a su presencia hasta que acabaron por mirarlos sin desconfianza. Cuando por este sencillo procedimiento, algunos centenares de vacas fueron domesticadas, se las llevó más lejos, hacia sus hermanas salvajes que a su vez, y por su ejemplo, sometiéronse también. En grupos de 500 y de 1000, nuestro vasco las llevaba a Buenos Aires, revendiéndolas a 75, 100 y 125 pesos. De esta manera llegó a capturar 35,000 reses en el primer año. Pagó al estanciero 350,000 pesos. A su muerte, legó una fortuna de 375,000 hectareas de tierra, 500,000 ovejas y 150,000 bueyes.

La moraleja de esta historia es que, así como la Argentina necesitó domesticar a sus bestias para engrandecerse, el mal trato que nuestros hacendados emplean para con sus bestias y.... sus indios, no aprovecha al país, ni al gobierno, ni al hacendado ni a nadie y que así como —ya nó por caridad sino por simple interés bien entendido —así como que hay que abolir nuestros atroces sistemas charros de capturar a nuestras bestias, debemos desbarbarizar á nuestros indios para poder vivir con ellos tranquilamente....

Carta Abierta al Jefe de la Revolución Mexicana.

La Habana, Junio 14 de 1914.

C. General Venustiano Carranza.

Saltillo, Coah.

Ciudadano:

Sois, hoy día, el primero de los mexicanos. Sereis, mañana, el Presidente de la República. Permitidme, desde hoy, elevar este grito hacia vos: ¡Piedad para el Indio!

No voy a haceros una larga exposición de hechos que seguramente os son de sobra conocidos. Si la "mita" colonial fué abolida ha mucho como institución, la explotación del Indio en todos los campos de la República sigue ejercitándose de mil maneras. Me limitaré a recordaros el texto del informe que el Ayuntamiento de Guatemala dió al Capitán General de aquel reino sobre los medios de promover la felicidad pública:

"En un fragmento sobre la vida de los indios, que se halla en la Gaceta de 2 de Noviembre de 1801, su sabio autor, ilustrado de una continuada serie de viajes a Europa, y que había andado de las Indias más de un millón de leguas cuadradas, observando que, con cortas variaciones, la vida monótona de los indios siempre y en todas partes es casi igual, desafía a las otras tres partes del orbe a que le presenten un solo pueblo cuya laboriosidad sea tan regia, tan continua y tan ingrata, lo que se hace más admirable con las observaciones de que los indios trabajan sin descanso, con el cuerpo do-